

Suscricion:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistracion de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Año II.

Murcia 3 de Marzo de 1889.

Núm. 20.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 25 céntimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

EN UN BÁILE DE MÁSCARAS.

—Oyeme mascarita. No seas tan esquiva, mujer. Quiero que me des broma ¿sabes? ¡Ay! me matas con tu ingratitud. Yo ansio ver esos ojos, en los que me parece ver algo así como el cielo. Escúchame. Solo te faltan las alitas para ser un angel, y yo me consideraré el más feliz de los hombres si llegas á acceder á mis ruegos. Mira, bailaremos juntos este wals, ¿eh?

—Si tanto insistes, ¿qué he de hacer?

—¡Oh! Mi bien, mi encanto, ¡que hermosísima debes ser!

—O quizás nó....

—Si, no puede ser otra cosa; ya tocan, cuélgate de mi brazo, bailaremos.....

—¡Que admirablemente bailas! Dime. ¿Me dejarás ver esa cara en la cual yo creo que debe estar retratada la gloria?

—Nó, lo que es por ahora, nó.

—Bueno, pero más tarde sí, ¿no es verdad?

¡Ah! que feliz voy á ser. Mira, en cuanto acabemos este baile nos vamos al ambigú.

Diez minutos despues.

—¿Te gusta el champagne?

—Bueno. Mozo tráete una botella de champagne.

—Pero, ¿por qué no quieres enseñarme ese rostro divino como una vision de huries, y que ardo en deseos de admirar?

—Ahora no, más tarde...

—Me permitirás que te acompañe cuando te retires del baile?

—Bien.

—¿Tienes aquí á tu madre?

—No; no tengo madre, ni padre;

vivo sola, y sola he venido al baile.
—¡Oh felicidad! ¡sola! (Encontré lo que buscaba).

Mira, no te quedes con gana de comer.

—No, he cenado bastante.

—¡Mozo trae café y unas copitas de chartreuse! Parece que tienes la voz algo tomada...

—Si, estoy constipadísima.

—Anda, déjate levantar un poquito el antifaz...

—No, de ningún modo, hasta que no entre en casa...

—¿Y cuando nos vamos?

—Más tarde, cuando esté próximo á finalizar el baile.

—¡Ay! las horas me van á parecer años. Ya vuelven á tocar; bailaremos. ¡Mozo!

—¿Llamaba usted?

—Si; ¿cuanto es esto?

—(Después de figurar que suma de memoria). Ochenta y dos reales.

—¡Canastos! Ya casi me pesa la conquista; pero ¡que le hemos de hacer! El que algo quiere... Toma noventa; lo que sobra para tí. (La echaremos de espléndido.) ¿Vamos á bailar?

—Vamos.

Hora y media despues.

—Te parece que nos vayamos ya? A mí se me desvanece algo la vista; creo que el champagne.

—Si, ya lo he notado, vamos cuando quieras...

Veinte minutos más tarde.

—¡Pero qué lejos vives! Yo creo que si no fuera por tí ya me había caído media docena de veces.

He notado que tienes mucha fuerza y que andas muy de prisa...

—Será efecto del champagne...

—No sé de lo que sera.

—Ya llegaremos. Aquí, al pié de esta farola vivo «(Al decir esto se

»detiene. Saca una enorme llave, la introduce en la cerradura y dá violentamente dos vueltas que se necesitan para correr el pestillo. Vuélvese hácia su acompañante, se quita la careta y poniéndose de modo que el farol ilumine de lleno su faz, en la que se admira un bien poblado y cerdudo bigote, dice, con una voz diferente á la que ha tenido hasta entonces:)

—Caballero, doy á usted infinitas gracias por la atención que ha tenido conmigo, y me ofrezco de usted atento y seguro servidor. Melquiades Rodríguez, recaudador de contribuciones...

—(Cayéndose de espaldas.) ¡Auxilio! ¡Serenos! ¡¡Favor!!

INCENSO.

ALFREDITO EN CARNAVAL

En esta época de las caretas y las curdas, de las bromitas y los bromazos, muchos padres pierden el juicio y se gastan un sentido en disfrazar á los inocentes frutos de su amor, ó de lo que sea.

Dígalos sinó D. Melitón Aldabilla, portero mayor que fué de un ministerio, y que después de haber servido sendos vasos de agua á mi padre, llegó á constituirse en casero suyo por efecto de las vueltas que da el mundo.

La exportera consorte y su marido sostenian el diálogo siguiente quince días antes del advenimiento del Carnaval:

—Melitón, es preciso que este año vistamos á Alfredito de cualquier cosa.

—No me gusta ese traje, Sinforiana. Quiero decir que le vestiremos de lo que á tí te guste más,

—Entonces podemos vestirle de bailarina ventilada.

—¡Ah, bribón!

—Mira, podíamos vestirle á la Federica,

—No es propio hacerle traje de mujer.

—¿Como de mujer?

—¿No dices que á la Federica? ¡Si fuese al Federico!...

—No seas bestia, querida Sinforiana,

